



PRIMERA ÉPOCA.

1.º de Mayo de 1786.

El día ha trascurrido del propio modo que se deshace en la boca una fruta deliciosa, sin dejar tras sí más que buen gusto y grato aroma. ¡Oh Dios mio! ¡Cuán llena de felicidad está la tierra! Hoy es el 1.º de Mayo, fecha que forma época en mi corazón, fiesta también del caserío paterno y aniversario del día en que mi madre me dió á luz; su dulce beso ha resonado en mis mejillas al cumplir

yo diez y seis años. ¡Diez y seis años! ¡Ojalá que el campanario de mis padres repique largo tiempo con la misma alegría en tan dulces aniversarios!

¡Qué serena ha asomado la aurora en el valle! ¡Cada hogar parecía revivir á su primer rayo, cada ventana abierta, al rayar la alborada, parecía atraerla como un amigo; de cada humilde morada veíase salir una columna de azulado humo, remontándose al puro firmamento; los ligeros tañidos del piadoso esquilon corrían saltando al través de los valles; al oír las muchachas del pueblo tan gozosos sonos, entreabrían su ventana restregándose los ojos, saludábanse desde léjos con sus sonrisas y sus ademanes, é inclinando su modesta frente sobre los altos barandajes, peinaban sus largas cabelleras, que colgaban fuera de ellos, como madejas cuyas orillas se alisan; en seguida bajaban descalzas, medio vestidas con esas ropas transparentes que en las estatuas parecen pegadas, y cogían en el seto ó en el jardín los claveles y las lilas bañados de matinal rocío; y las gotas de las flores, cayendo sobre su seno, corrían cual otras tantas perlas sueltas: en todas las floridas veredas que descenden de los bosques resonaban pasos, murmullos, voces, y se veía circular por ellas amarillos sombreritos de paja y corpiños de púrpura ceñidos al talle. Por todos aquellos senderos llegaban al caserío de hora en hora variados grupos que se confundían al pié del olmo, y todo eran allí abrazos,

besos, escenas de familia, blanquísimas canas tocando las frentes de las doncellas, entrevistas de amigos, recuerdos lejanos, huéspedes atraídos á los rústicos festines, vírgenes arrodilladas en torno de la capilla y piadosos grupos que acudían á los sonidos de la campana, con el rosario en la mano y la frente inclinada para consagrar á Dios el día que á Él solo debemos.

¡Cuántas danzas amenizaban el prado por la noche! Cuanto más retiraba el día su luz celosa, tanto más se animaban, como para recuperar el tiempo que las fugaces horas escatimaban al placer. Cada árbol del verjel tenía su campestre coro, su orquesta colocada sobre añosos troncos de haya; el pífano de sonidos agudos, el oboe de claras vibraciones, la gaita vaciando su odre lleno de aire; el uno jugueteo y alegre, la otra tierna y quejumbrosa, concordando, excitándose, uniéndose para difundir á la vez ó alternativamente con sus diferentes acentos, el delirio ó la embriaguez en nuestros jubilosos corazones.

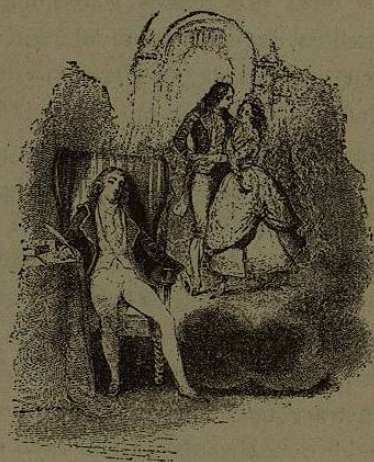
Todos los ojos se buscaban, todas las manos enlazadas procuraban con afán responder á las cadenciosas notas. Un torbellino de amor arrebatada en su bulliciosa esfera á las enamoradas parejas: los piés, los ojos, los corazones, atraídos por un mismo instinto, volaban impulsados por el delirio general, y se encadenaban, se rompían para encadenarse de nuevo, á la manera que, en una tarde de estío, cuando el sol

asesta sus rayos de oro sobre la arena caldeada que brilla en la playa, se ven esos torbellinos de átomos levantados por él, subir, bajar, vagar, enlazarse sucesivamente cual si obedecieran al oculto atractivo de un amor invisible, erguir arremolinándose su brillante columna y entregarse á la danza en la esfera donde irradia el sol.

Y más tarde, cuando el violin, el pífano y el oboe empezaban á languidecer, cual si ya les faltara la voz, cuando los cabellos mojados y sueltos por el sudor caían en lisas trenzas pegadas á las mejillas y los grupos indolentes se iban despacio por el césped hablando en voz baja, ¡qué murmullos tan placenteros llegaban al oído! Tiernas despedidas, frases de sentimiento, besos, palabras entrecortadas, rumores que apenas podía amortiguar la noche, cariñoso y postrer suspiro de un día que se extingue: mi alma se turbaba al percibirlos, y mi oído, extasiado, aspiraba con languidez esas primicias de la vida. Yo seguía con la mirada, con mis pasos, con mi corazón á las doncellas que trascurrían con los ojos impregnados de languidez; me arrobaba al oír el suave ruido de su traje de seda; y cada una de las que se marchaban me cercena un placer. Por último, cesó la danza, el ruido, todo; la luna había traspuesto la cresta de los montes, y apenas se veía alguno que otro amante, olvidado en demasía de la hora, que regresaba lleno de ilusiones á su lejano hogar, ó ciertas pare-

jas rezagadas que, cogidas de la mano y largo tiempo entretenidas en una revuelta del camino, oían resonar dos veces la hora adelantada y sombría, desapareciendo por fin entre la sombra de los castaños.

Ahora me encuentro solo en mi estancia. Es de



Cierro los ojos, pero sigo viendo la fiesta.

noche; todos duermen en la casa; ya no hay luces; ya no hay ruido; ¡durmamos pues! Imposible; no puedo cerrar los párpados. ¡Oremos! Tampoco; mi imaginación no secunda mi plegaria. Aún resuenan en mi oído las músicas de las danzas que los ecos del día hacen llegar de nuevo á mis sentidos: por

fin cierro los ojos, pero sigo viendo la fiesta; todavía da vueltas en mi cabeza el vals con sus arrebatadores giros; mil sombras de beldades, fantasmas graciosas del terminado baile continúan danzando ante mis ojos. Veo brillar una mirada en la oscuridad de la noche; paréceme sentir que estrechan mi temblorosa mano otras dos manos suavísimas, que una blonda cabellera, impelida sobre mi frente por el movido círculo, se desliza por ella como un dulce céfiro; veo caer de las frentes mil rosas ajadas, y oigo que repiten mi nombre unos labios adorados. ¡Ana, Blanca, Lucía! ¿Qué me queréis? Si tan grato es soñar en el amor, ¿qué será el amor en sí?

Pero en mi vida todavía no ha germinado el amor, astro de fuego cuya aurora es la hora presente. ¡Ah! Si el cielo llegara alguna vez á arrojar en mis brazos uno de esos sueños vivientes unidos á mis pasos; si yo pudiera traer aquí una vírgen de purísimo corazón, lánguida y enajenada, primer rayo de vida, mi alma viviera mil años en un solo día; porque, así lo siento esta noche, mi alma es toda amor!

Nó, nó; desechemos de mi corazón estas tres livianas imágenes: abramos de nuevo las usadas páginas de mis amigos los libros: hélos ahí, abiertos siempre sobre mi mesa; pero mi vista fluctúa en vano sobre la prosa y los versos; las palabras inanimadas caen muertas de mi lira; mi espíritu no lee y deja que mis ojos lean. Una sola palabra veo trazada en ellos,

y esa palabra es de fuego: amor, tan sólo amor.
¡Oh Dios mio, Dios mio!

.....
.....
Entre tantas beldades ¡cuán bella estaba mi hermana! Pero ¿por qué lloraba esta noche al recogerse?

.....
6 de Mayo de 1786.

¡Ah! Ya poseo el secreto de las lágrimas de mi hermana! ¡Ojalá que mi sacrificio pueda comprar su felicidad! Estaba hace poco en el jardín paseándome al azar, pensativo y solitario, por la alameda de Poniente que hay á lo largo de la casa; mis pasos, que se imprimían sin ruido en el césped, no producían más rumor, al pisar la yerba, del que producen el ave al posarse ó la gota de lluvia al caer: llevaba yo en la mano ese libro en que brota tanto llanto de los ojos de Pablo y de los ojos de los lectores, cuando al alejarse la lancha de la orilla, cada golpe de remo se lleva á Virginia y arranca el alma al alma; sentía mi pecho lleno de compasión y no podía acabar de leer aquella página. De pronto percibí algunas palabras pronunciadas en voz baja, que, llamándome la atención, me obligaron á detenerme. Aquel ruido inusitado en el silencioso jardín, aquellos sonidos entrecortados de tímidos sollozos, crecían y menguaban á

intervalos, para extinguirse al fin ahogados en un melancólico silencio.

Sobresaltado, avancé con discreto y firme paso hacia la ventana que habia junto al ángulo de la casa, y apartando los pámpanos del emparrado y aplicando el oído á la celosía, dirigí la mirada al oscuro retrete, y ví y oí. Un solo rayo crepuscular, amortiguado por las barras y las oscuras hojas, apenas alumbraba la estancia y los que en ella habia. Mi madre estaba sentada en el fondo, en el borde de su lecho, teniendo la vista fija en un papel que parecia leer; la sombra de sus cabellos me ocultaba su rostro, pero yo percibia el ruido de las lágrimas que caian sobre la página. Mi hermana, sentada á su lado, teniendo un brazo echado al cuello de nuestra madre, que estrechaba con fuerza, la frente sobre su hombro y ocultaba entre el vestido para ocultar el rubor que el pudor engendraba, hacia vanos esfuerzos por ahogar sus pesares; los mechones de cabellos, que goteaban abundantes lágrimas, sueltos y pegados á las mejillas, la agitacion de su seno sacudido por los sollozos, y el entrecortado rumor de aquellas dos voces, todo atestiguaba que allí habia otros dos corazones destrozados y que se derramaba amargo llanto.

—¿Conque es cierto, Julia? decia mi madre; ¡te ama! Y tú, ¿le amas tambien?

—¡Más que á mí misma!

—¡Ah! Demasiado comprendo esa tierna y triste

confesion! Mi aspiracion más grata hubiera sido veros unidos algun dia; pero Dios, que fué demasiado avaro de sus dones para con nosotros, os une con una mano y os separa con la otra. Aun cuando te diese, hija mia, todo cuanto poseo, tu dote apenas equivaldria al suyo, y ya lo ves, un padre inflexible á vuestro llanto, no tiene para nada en cuenta á su hijo, ni tu desesperacion, ni tus atractivos, si juntamente con tanta inocencia y tanto amor, no llevas tambien á su familia oro. ¡Oro!... ¡Ah! Si mis lágrimas pudieran convertirse en él, pronto se veria cuánto hay en los ojos de una madre, bien lo sabe Dios. A este precio desearia adquirir un esposo para mi hija, y una esposa para mi hijo; pero no poseo más que este campo, herencia mezquina, repartida por mi ternura entre tu hermano y tú: ¡ea, hija mia, sepamos olvidar y sufrir!

—¡Olvidar! Nó, jamás, madre mia; ¡sino morir!

Despues ya no oí más que un confuso rumor de besos y lamentos, luégo, la voz de algun ángel me habló al corazon, y con vacilante paso me alejé de allí llorando y sin que me oyeran.

17 de Mayo de 1786.

He pasado todo el dia dando vueltas en mi mente á una idea, pero ya ha cesado la angustia que me causaba mi sacrificio.

.

18 de Mayo de 1786.

Hoy he hablado á mi madre en estos términos:

—Conozco que Dios me apremia y me llama á sí. La tierna piedad, la fe viva y profunda, esa divina y ardiente sed de los bienes de un mundo mejor de que nutristeis mi alma cuando niño, da hoy sus frutos, quizás amargos para vos y tambien para mi juventud, pero gratos al alma. La sombra del sagrado átrio me atrae y me reclama; deseo consagrar á Dios mi vida mortal, como un vaso puro todavía reservado para el altar. No me tienta nada de cuanto se agita en este bajo mundo; no quiero plantar mi tienda á todos los vientos; ni manchar mis piés en esos caminos en que el rebaño humano se encenaga en su marcha. Prefiero apartarme de las sendas terrestres y seguir desde muy temprano mi solitaria ruta. Prefiero cobijarme bajo el techo de los santos lugares, y descansar en Dios desde mis primeros pasos. Por otra parte, no me siento con fuerzas para tomar parte en la lucha en que se revuelve esa muchedumbre entregada á tantos cuidados; entraria en el combate con armas desiguales, con demasiada piedad en el alma y con un corazon que el menor soplo deshace, y, ó sobrado orgulloso ó sensible en demasía, pereceria en la lucha, si vencedor, por efecto del triunfo, si vencido, de resultas de la derrota. Mi corazon apasionado aventuraria mucho ó muy poco en esa lotería en que se juega la vida, y puesto que la vida es

pesada y áspero y escabroso el camino, vale más llevarla sola y sin esa onerosa carga de cadenas, pesos, cuidados, ambiciones, amores, vínculos rotos, hijos, aflicciones. Sea cualquiera el camino que se siga para dirigirse al cielo, se llega más pronto á donde Dios quiere que se llegue; en el lecho de polvo se acuesta uno ménos tarde, y se tienen ménos preocupaciones y se vierten ménos lágrimas al emprender la marcha. ¡Oh! No resistais á mis ruegos, madre mia: si lo reflexionais bien, algun día os mostrareis orgullosa de haber pronunciado esa palabra que os parece un doloroso adios. ¿A qué renuncia uno cuando se echa en los brazos de Dios? ¿Qué más podeis desear para el hijo que os suplica, sino la paz en la tierra y el cielo por patria? ¡Que es humilde el nombre de sacerdote! ¡oh! no os avergonceis de él, madre mia, porque no hay otro más noble en la tierra. Dios, que es el único conecedor de sus misteriosos designios, ha asignado su tarea á cada uno de los hijos de la tierra; á unos les ha dado suelo que abrir y campos que sembrar; á otros hijos, mujeres á quienes amar; á estos la satisfaccion de fundar un monumento; á aquellos el estrépito de sus pasos por el mundo. Pero ha dicho á los corazones dispuestos á suspirar y á creer: «No tomeis nada ahí, todo lo tendreis en mí.» El sacerdote es la urna santa suspendida de la cúpula, en la cual no se vierte nunca el agua turbia del pozo, y que no enrojece jamás el néctar de los humanos, los

cuales no se la pasan llena de mano en mano; ántes al contrario, en ella se evapora en todo tiempo la olorosa yerba, el incienso de la aurora quemado en el fuego del sacrificio. El sacerdote es, en su silencio, comparado con el resto de los mortales, lo que el órgano de los santos altares comparado con los demás instrumentos; jamás se oye su voz profunda y solitaria mezclada fuera del templo con los vanos ruidos de la tierra. Las vírgenes no encadenan sus pasos á sus sonos ni el profano eco los repite; sino que en el retiro de su iglesia eleva á Dios su majestuosa voz, que se dilata y corre como una brisa, dirigiendo á la Divinidad con beatíficos trasportes el himno de la naturaleza y de la humanidad.

» Mas tal vez me direis: «El sacerdote vive solo, y su alma, que no recibe jamás el benéfico calor de una mujer, de una compañera, se seca y empequeñece viviendo en semejante aislamiento; como no tiene familia, se endurece su corazón.» No, madre mia; decid más bien que todo hombre constituye su familia, que los pobres son para él madre, hijos é hijas. Jesucristo trasmite á su corazón su amistad inmensa: la piedad hace que considere como propios el llanto y el sufrimiento ajenos. No, no temais que en mis pensamientos halagueños y recogidos llegue á olvidar mi amor. ¡Ah! El Dios que me llama no es un Dios celoso: los votos que habré de pronunciar me entregarán á Él, sí, pero sin arrancarme á vues-

tro cariño. Cuanto más nos inunda el océano de su caridad, tanto más le pertenecemos, y tanto más pertenecemos al mundo, á sus piadosos deberes, á sus relaciones lícitas, á los dulces vínculos de parientes y amigos. Ante ese Dios de amor cuyo apóstol deseo ser, ningun nombre podrá borrar el vuestro en el altar, y en cada suspiro de los que exhale en mis santas pláticas con la divinidad, ¡subirá al cielo ese nombre juntamente con el mio! No cerréis así, por piedad, esos labios, no me mireis tan tristemente; ántes bien decidme: «¡Cúmplase en tí la voluntad del Señor!» ¡Decidme como Sara, madre mia, y bendecidme!

.....

20 de mayo de 1786.

Mi madre ha estado llorando siete dias, como la hija de Jefté, cuando seguida de sus compañeras, ascendió á las montañas para pedir al Señor enojado que le concediera algunas noches de vida con objeto de llorar su juventud y su virginidad, y despues, reuniéndose cual inocente corderilla con su nodriza, fué á presentar ella misma su garganta al sacrificio. Del propio modo lloraba mi madre; pero luégo pronunció el esperado «¡sí!» Este sí llenará de alegría á

un corazón, y tan luego como haya bendecido el júbilo de mi hermana, emprenderé mi camino, sin volver atrás la vista.

1.º de Junio de 1786.

Dios me ha recompensado: ayer fué el día en que el Señor bendijo la inocencia y el amor. ¡Santo día que ha confundido en manos del Omnipotente los destinos de mi hermana y de Ernestol ¡Ya se poseen ambos en paz! ¡Qué dicha tan esplendente irradiaba en torno suyo! No parecía sino que todos los felices días de una bonancible y prolongada existencia, todos los castos goces de una pura union, presentándose anticipadamente ante el altar, añadían un rayo de luz á la antorcha de himeneo, y concentrando sus primicias sobre sus serenas frentes, prodigaban en un día todo un siglo de delicias.

¡Qué vida tan nueva animaba la casa ántes de la hora en que despunta el primer albor matutino! Todas las ventanas que estaban cerradas desde el triste momento en que mi padre salió para ocupar otra morada, todas las puertas que guardaban todavía luto por el que fué su dueño y cuyo umbral se llenaba de flores desde muy temprano, parecían adquirir un alma, y como si se sintiesen animadas de ella, estremecerse sobre sus goznes y abrirse por sí mis-

mas para dar paso á la dicha, como á un huésped esperado que regresa tras largo destierro. A intervalos resonaban los gratos acordes de la música; los criados iban presurosos de sala en sala; los parientes, los amigos llegaban de dos en dos con las manos llenas de regalos y el corazón de sinceros y entusiastas parabienes; los delicados primores de los regalos del esposo, puestos de manifiesto sobre el lecho, rebosaban de las canastillas; las jóvenes se agolpaban en torno para verlos, tocándolos, designándolos, prorumpiendo en continuas exclamaciones: una arreglaba el velo sobre la frente de la desposada, otra trenzaba perlas en sus cabellos, y todas con su frente virginal llena de gracia y de rubor, contemplaban con afán los preparativos del fausto enlace, tocándolo todo, del propio modo que se las ve tocar los collares, los anillos, los secretos talismanes de un rico joyero oriental, cuyo brillo agrada sin comprender bien su significado.

Siguiéronse por la tarde las danzas en el prado, y la ronda que arrastra en su círculo giratorio á todo el mundo, ménos á los novios, que desdeñando estos placeres por otros más dulces, aguardaban impacientes la llegada del crepúsculo, que debía ahuyentar á la muchedumbre y contaban las horas y llamaban á la noche, buscándose, reuniéndose, dándose el brazo, esquivándose entre los árboles y hablándose en voz baja; pues la verdadera felicidad, que huye

del bullicio, necesita silencio y soledad. ¡Y cómo trascendía esta dicha aún á través de su misma impaciencia! ¡Cómo se la conocía en todo su vago embeleso! Aquellos suspiros, aquellas miradas que penetraban en lo más profundo de su corazón, aquel mudo lenguaje, más elocuente que el nuestro, aquella marcha indolente ó sus frecuentes paradas, que les hacían parecer abrumados bajo el peso de tanta felicidad, aquella esquivez para con la muchedumbre y la necesidad de concentrarse en sí mismos, todo contribuía á hacerles sentir la realidad de ese ensueño de amor que se tiene toda la vida, y que no se saborea más que un día!

Y yo, entre tanto, solo, meditabundo, siguiéndolos sin ser visto, observaba su júbilo con la mirada y con el corazón: todo el día, á cada momento, iba en pos de ellos; me encontraban en todas partes, pero no me veían; y gozándome á lo ménos en la imagen de la ventura de ambos amantes, bendecía mi obra en su felicidad, y exclamaba entre mí con el corazón satisfecho: «¡Esa felicidad es mía, porque yo soy quien la ha labrado.»

3 de Junio de 1786.

Más de una jóven de aquellas cuya conversacion me deleitaba no há mucho y cuya dulce mirada me

obligaba á bajar los ojos, decia ayer á menudo durante el baile y en la cena de familia, señalándome con el dedo: «Dios mio, ¿será creíble que él, tan jóven y apuesto, prefiera á nuestro amor una sotana negra? El mundo le da miedo: ¡pobre muchacho!» Y luégo, pasando por delante de mí, me dirigía una mirada abrumadora y triunfante, exclamando: «¿Acaso no somos ya bellas?» Y todas procuraban contener la risa. Yo me fingia insensible á aquel burlon sarcasmo; sin embargo, vos, Dios mio, leiais la verdad en mi corazón!

6 de Junio de 1786.

Ayer fué: el día, sombrío y melancólico, parecia envuelto en la sombra de mi tristeza; tan brumoso estaba el cielo, tan sin aliento el aire que dejaba inclinadas la hoja y la espiga sobre la llanura, tan dormido el riachuelo que contenia su voz, tan calladas las avejillas ocultas en la enramada, que no parecia sino que el alma de aquel ameno lugar queria simpatizar á su vez con aquel día de despedida. Tampoco se oia el más leve rumor en la cerrada casa: nadie se atrevia á mirar á un rostro amado; nadie osaba hablar al encontrarse con otro, por miedo de que el sonido de la voz diese á conocer el sollozo oculto tras la tierna sonrisa, é hiciese estallar el co-

corazon destrozado por una palabra. Todos iban y venian, mi madre y mi hermana preparaban arrodilladas en el suelo los efectos de un viaje, y cada una de ellas, al meter las manos en el cofre, guardaba en él, á la vez que sus regalos, uno de sus pensamientos. Sentóse la familia á la mesa, pero inútilmente; las lágrimas brotaban de los ojos y caían sobre el pan. Así trascurrió el día, y cuando la noche, noche suprema que debía separar para siempre lo que se ama, tendió sobre nuestra vista su espeso manto:

—Id, dije á mi madre, y descansad en paz; dad tregua á las lágrimas y suspiros de vuestro corazon; bendecid á vuestro hijo, y dormid sin cuidado; que este sueño postrero que voy á disfrutar á vuestro lado descienda sobre vuestros ojos tranquilo y dulce todavía: no anticipéis la hora de nuestra larga despedida. ¡Ah! ¡Harto pronto llegará esa interminable noche en que se llora! Pero entónces el espíritu que alienta y consuela y el ángel de las despedidas oirán mis ruegos y acudirán á enjugar vuestro llanto; y me vereis emprender más ligero mi camino, porque lo que á Dios se ofrece, debe dársele con alegría. ¡Dormid! quiero estar al pié de vuestro lecho, ántes que el nuevo día derrame su luz sobre la iglesia, y si entónces asoma alguna lágrima amarga, ¡que Dios nos la perdone! El hombre no tiene más que una madre.

Imprimió en mi frente un prolongado beso y no pude comprender lo que me respondió, porque, hen-

chido el corazon del llanto que ocultaba mi rostro, y no siéndome posible contenerlo más tiempo, salí presuroso de su aposento y busqué las sombras de la noche para llorar con toda libertad.

Las brisas de la montaña, llegadas con el crepúsculo, habian barrido las nubes, dejando el cielo claro y despejado: era una de esas noches cuya serena calma habla al alma de paz, de amor, de eternidad; en que, ostentando la luna su redondo disco y como sentada en el anchuroso espacio, difunde por los bosques su indeciso fulgor, haciendo resaltar los pálidos contornos de los objetos, semejante á un mudo recuerdo de la vida y del día.

Penetré llorando en las umbrosas alamedas, en las que aparecian marcadas todavía las huellas de mi madre, y me puse á recorrer el campestre recinto donde se habia abierto mi alma á la vida como tantas de las flores que allí crecian: oia murmurar el agua en la taza de mármol, tocaba cada pared, hablaba á cada árbol, pasaba de tronco en tronco y los abrazaba; les comunicaba la causa de mi afliccion, y, tanta es la fuerza y vehemencia de nuestra alma, que me parecia sentir cómo palpitaba debajo de cada corteza un corazon amigo. Descansaba un momento en cada banco de piedra donde solia sentarme, donde habia visto á mi madre sentada con su hijo, y volviendo el rostro hácia el sitio en que mis ojos creian ver su imagen, le hablaba del alma y ella me res-

pondía: su voz, su propia voz resonaba en mi corazón, y de este modo iba pasando yo del haya al sicomoro, haciendo revivir mi pasado para llorarlo de nuevo. Desde el palomar hasta la caseta del perro, lo visité todo de nuevo, sin olvidarme de nada, dando á todo un simpático adios; y llevándome de todo alguna cara reliquia, me llenaba el seno de hojas enroscadas, de arena del patio pisada por mi madre, de musgo arrancado de las verdes paredes de las torrecillas, y del plumon caído del nido de las tórtolas; cuando hube completado mi doloroso tesoro, para invertir en algo lo que aún quedaba de noche fui al parterre, al pié de la ventana del aposento donde quizás velaba también mi madre, y me dejé caer sobre el césped junto al pilon del agua corriente donde proyecta su temblorosa sombra el abedul; incliné la frente sobre el cristalino líquido, que me pareció que sollozaba al correr como el paso amortiguado de un amigo que nos deja, y allí, cogiendo puñados de tierra y yerba, besé aquella tierra donde yo habia arraigado y de la cual me arrancaba tan jóven una fuerza divina, abrí mi corazón en demasía henchido de llanto, y derramé el torrente de lágrimas que deseaban mezclarse con el suelo.

Ignoro cuántas horas pasé así, ni cuántos pensamientos agitaron mi cerebro; sólo Dios puede contarlos con su mirada infinita, y sólo el corazón puede confiarlos en su lenguaje al corazón. Hay noches bor-

rascosas en que la oleada de las ideas, semejante á un caudaloso río que se desborda, rueda con furia demasiado impetuosa para que nuestra alma tenga siquiera conciencia de ellas; en nuestra cabeza hierve un vértigo confuso, y hasta el corazón cesa de latir, próximo á estallar. Hallábame entónces, sin ver ni oír, en ese estado que es más bien anonadamiento, abrumadora pesadilla de desesperación, y sólo de vez en cuando me despertaba el llanto que caía á raudales en el sonoro mármol de la fuente.

Por fin coloró el alba con una matizada franja el limbo de los cielos, cual repentina antorcha que vino á herir mis ojos. Entónces quise decir á mi madre, pero sin ver su rostro, una palabra en la que fuese envuelta mi alma; me aproximé temblando y de rodillas al pié de su ventana, la toqué con mi frente inclinada; pasé mis dedos al través de las persianas, y creí sentir el contacto de otras manos que encontraban las mías. «¡Adios!» exclamé; quise añadir alguna palabra más, pero no pude; mi corazón, ahogado de angustia, apenas logró exhalar un sollozo, y me escapé corriendo y sin volver la cabeza, como el hombre receloso de que algun remordimiento le detenga.

Fuí atravesando campos sin senda ni vereda, temeroso de encontrar, de oír un sér humano, hasta que llegué á la árida cumbre desde la cual comienza la sombría montaña á descender hácia otra campiña.

Sobre una roca gris elevase allí una cruz de granito, tapizada de musgo en el que anidan las aves, bendiciendo á la vez las dos vertientes como un hombre que extiende entrambos brazos sobre dos cabezas. Allí me volví por última vez y me senté en la piedra al pié de la cruz; desde allí ví cuál se desarrollaba á mis piés el paisaje; cómo verdeaba el jardín junto á las tapias del pueblo; cómo blanqueaban las palomas el tejado y cómo iba disminuyendo poco á poco la sombra que proyectaba la casa sobre el césped. Ví elevarse al espacio su primera blanca humareda, distinguí una mano que entreabría la ventana. Mi alma entera voló á aquel dulce sitio envuelta en un suspiro, y cayendo de hinojos sobre la yerba, exclamé: «¡Dios mio: vos que os llevais el hijo, quedaos con la madre: haced que la hora de mi partida no esté llena de amargura! No me alejo, ¡oh Dios mio! de esa morada y de esos corazones sino para depararles más paz y más amor; sustitúyanme ahí el amor y la paz, y que mi sacrificio atraiga al ménos vuestra gracia. ¡Velad en lugar mio por esas caras prendas: bendecid día y noche todas sus acciones, y sed vos mismo, ¡oh Dios mio! ¡oh padre celestial! para la madre el hijo, para la hermana el hermano; colmadles de vuestros dones; llevadlos de la mano por una larga vía y por un camino fácil al término en que deberemos daros gracias juntos, y haced que ya desde esta baja tierra nos reunamos en vuestro seno!»

Dije, y el horizonte paterno desapareció para siempre tras las arboledas de aquellas últimas cumbres.



EN AQUEL ALTAR DE LÁGRIMAS, UN NEGRO PEDAZO DE PAN FUÉ LA IMÁGEN DE DIOS.....



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



30405